

De Borges a Popper: documentos en el laberinto

Jerónimo Martínez González

Biblioteca de Andalucía

0.1. Resumen

Ensayo elaborado sobre textos de Jorge Luis Borges, Karl Popper y la tradición mitológica clásica, que muestra la necesidad innata del ser humano de fijar primero en palabras y más tarde en documentos, su voluntad de conferir orden —es decir, forma estructurada y organizada— a la realidad intersubjetiva, esto es, al conocimiento social (Autor).

Palabras clave: Karl Popper. Jorge Luis Borges. Mitología clásica. Organización del conocimiento.

0.2. Abstract

Essay based on texts from Jorge Luis Borges, Karl Popper and the classical mythology that shows the innate need of human beings to fix their will to give order —that is, a structured and organised scheme— to their intersubjective reality —that is, social knowledge—, first in worlds and, thereafter, in documents (Author).

Keywords: Karl Popper. Jorge Luis Borges. Classical mythology. Knowledge organization.

1. Introducción

El título de esta ponencia ha nacido de la admiración y el vértigo. Admiración, de ver en qué medida son (somos) los seres humanos capaces de armar complejos mecanismos con los que movernos en el espacio y el tiempo. Y vértigo; posiblemente el mismo vértigo al que se refería Asterión, el Minotauro, dentro del laberinto:

Siempre he sentido, trabajando en la biblioteca, la presencia casi tangible de voces innumerables. Esta sensación se ha vuelto más urgente con el uso de las nuevas tecnologías. Especialmente cuando navego en Internet no consigo que las herramientas que aplico sean para mí, como se dice con bárbara expresión, ‘transparentes’: si estoy leyendo una página Web de, pongamos por caso, Finlandia a la que he llegado a tra-

vés de Sevilla, Estados Unidos y Japón, no puedo ignorar en el fondo de mí el sentimiento de haber hecho un viaje vertiginoso en un espacio que tiene casi un número infinito de caminos posibles.

Y el laberinto me ha llevado a Borges, como me habían podido llevar hasta él los tigres o los espejos. Y he buscado la salida con el hilo o las alas de cera de la filosofía de Popper.

¿Es un laberinto el mundo del conocimiento, tal y como lo vemos en una presencia tan multiforme y llena de tantas imprevisibles relaciones en Internet? Borges diría que sí.

Lo que no es, en cualquier caso, según creo, es un caos. El caos, es, en sentido propio y según su etimología, *la ausencia de orden, lo cual no es exactamente lo mismo que el desorden*. El caos en la tradición griega es el espacio vacío, inmenso y tenebroso; algo muy próximo al abismo sobre el que flotaba el espíritu de Dios al inicio de la Creación.

Desde el momento en que el hombre (o, en la tradición religiosa, Dios) interviene, no se puede hablar de caos, porque la realidad está ya grávida de sentido, aunque sea un sentido provisional y menesteroso. Popper y Borges están de acuerdo con esto.

En *La moneda de hierro*, Borges cuenta la historia de una lucha de los sajones contra los vikingos en la narración que titula *991 A. D.*. En un descanso de la batalla, Aidan, el que ha quedado como jefe, cuenta los hechos del día. Después:

La gente lo seguía con atención. Iban recordando los hechos que Aidan enumeraba y que les parecía comprender sólo ahora, cuando una voz los acuñaba en palabras. Desde el amanecer habían combatido por Inglaterra y su dilatado imperio futuro y no lo sabían. (O.C., v. 2, p. 144)

Después Aidan da las órdenes, que son ir al encuentro de los invasores y de una muerte segura, y se dirige a su hijo:

— ... Werferth, mi hijo, ahora estoy hablando contigo. Lo que te ordenaré no es fácil. Tienes que irte solo y dejarnos. Tienes que renunciar a la contienda, para que perdure el día de hoy en la memoria de los hombres. Eres el único capaz de salvarlo. Eres el cantor, el poeta.

Werferth se arrodilló. Era la primera vez que su padre le hablaba de sus versos. Dijo con voz cortada:

— Padre ¿dejarás que a tu hijo lo tachen de cobarde como a los miserables que huyeron?

Aidan le replicó:

— Ya has dado prueba de no ser un cobarde. Nosotros cumpliremos con Byrthnoth dándole nuestra vida; tú cumplirás con él guardando su memoria en el tiempo.

Se volvió a los otros y dijo:

— Ahora, a cruzar el bosque. Disparada la última flecha, arrojaremos los escudos a la batalla y saldremos con las espadas.

Werferth los vio perderse en la penumbra del día y de las hojas, pero sus labios ya encontraban un verso. (O.C., v. 2, p. 145)

Sin profundizar en las teorías, bastante más intrincadas, de Popper, diremos solamente que, para él, el único lugar donde la objetividad se constituye es en lo intersubjetivo y, en el caso de las afirmaciones acerca del mundo, en el lenguaje humano.

En Borges, la palabra apunta a uno de los muchos (¿quizá infinitos?) sentidos posibles. En el poema *El tercer hombre*, de *La cifra*, Borges elige a uno de los hombres con que se cruza una noche cualquiera al salir de su casa de Barrio Norte:

Dirijo este poema
(por ahora aceptemos esa palabra)
al tercer hombre que se cruzó conmigo anteanoche,
no menos misterioso que el de Aristóteles.
El sábado salí.
La noche estaba llena de gente;
hubo sin duda un tercer hombre,
como hubo un cuarto y un primero.
No sé si nos miramos;
él iba a Paraguay, yo iba a Córdoba.
Y más adelante:
He ejecutado un acto irreparable,
he establecido un vínculo. (O.C., v. 2, p. 316)

Tanto para él como para Popper, la palabra no es el reflejo exacto de la realidad, sino que, como Borges dice en *La poesía*, en el artículo *Siete noches*:

Toda palabra es una obra poética.

Se supone que la prosa está más cerca de la realidad que la poesía. Entiendo que es un error. Hay un concepto que se atribuye al cuentista Horacio Quiroga, en el que dice que si un viento frío sopla del lado del río, hay que escribir simplemente: *un viento frío sopla del lado del río*. Quiroga, si es que dijo esto, parece haber olvidado que esa construcción es algo tan lejano de la realidad como el viento frío que sopla del lado del río. ¿qué percepción tenemos? Sentimos el aire que se mueve, lo llamamos viento; sentimos que ese viento viene de cierto rumbo, del lado del río. Y con todo esto formamos algo tan complejo como un poema de Góngora o como una sentencia de Joyce... Todo esto está lejos de la realidad; la realidad es algo más simple. Esta frase aparentemente prosaica, deliberadamente prosaica y común elegida por Quiroga es una frase complicada, es una estructura. (O.C., v. 2, pp. 255-256)

Popper podría subscribir palabra por palabra lo que acabamos de leer de Borges, pero a partir de ahí empiezan a divergir los caminos, uno de los cuales

lleva al laberinto del que solamente se puede salir (recuerden el párrafo que hemos leído) con la muerte.

Borges intenta una tarde desde la penumbra de la biblioteca que dirigió en la calle México describir un tigre (*El hacedor, El otro tigre* O.C. v. 1, 824-825). Al principio cree conseguirlo:

En vano se interponen los convexos
mares y los desiertos del planeta;
desde esta casa de un remoto puerto
de América del Sur, te sigo y sueño,
oh tigre de las márgenes del Ganges.
Sigue después la larga tarde del invierno austral y:
Cunde la tarde en mi alma y reflexiono
que el tigre vocativo de mi verso
es un tigre de símbolos y sombras,
una serie de tropos literarios
y de memorias de la enciclopedia
y no el tigre fatal, la aciaga joya
que, bajo el sol o la diversa luna,
va cumpliendo en Sumatra o en Bengala
su rutina de amor, de ocio y de muerte.
Al tigre de los símbolos he opuesto
el verdadero, el de caliente sangre,
el que diezma la tribu de los búfalos
y hoy, 3 de agosto del 59,
alarga en la pradera una pausada
sombra, pero ya el hecho de nombrarlo
y de conjeturar su circunstancia
lo hace ficción del arte y no criatura
viviente de las que andan por la tierra.
Un tercer tigre buscaremos. ...éste
será como los otros una forma
de mi sueño, un sistema de palabras
humanas y no el tigre vertebrado
que, más allá de las mitologías,
pisa la tierra. Bien lo sé, pero algo
me impone esta aventura indefinida,
insensata y antigua, y persevero
en buscar por el tiempo de la tarde
el otro tigre, el que no está en el verso.

No acaban las palabras de hacer presa en la realidad y, sin embargo, la buscamos incansablemente. Si encontráramos solamente un cabo del hilo, podríamos, a partir de él, conocer todo el Universo:

Dijo Tennyson que si pudiéramos comprender una sola flor sabríamos quiénes somos y qué es el mundo. Tal vez quiso decir que no hay hecho, por humilde que sea, que no implique la historia universal y su infinita concatenación de efectos y causas. Tal vez quiso decir que el mundo se da entero en cada representación, de igual manera que la voluntad, según Schopenhauer, se da entera en cada sujeto. (*El Aleph, El zahir*, O.C., I. 594-595)

Las citas de Borges respecto al fracaso de los intentos de decir la realidad son innumerables; citemos solamente una más. En el poema *La luna*, de *El hacedor*, dice:

Pensaba que el poeta es aquel hombre
que, como el rojo Adán del Paraíso,
impone a cada cosa su preciso
y verdadero y no sabido nombre.

Pero

La historia que he narrado aunque fingida,
bien puede figurar el maleficio
de cuantos ejercemos el oficio
de cambiar en palabras nuestra vida.

Siempre se pierde lo esencial ... (O.C., v. 1 p. 818-819)

El lenguaje acaba refiriéndose no a la realidad inalcanzable, sino solamente a sí mismo: las narraciones de Borges están llenas de personas que a fuerza de repetir una historia han perdido ya la memoria de lo que realmente sucedió y solamente recuerdan las palabras con las que siempre lo dicen.

Por ejemplo, el narrador de la muerte de Moreira en *La noche de los dones*, de *El libro de arena*, dice:

Los años pasan y son tantas las veces que he contado la historia que ya no sé si la recuerdo de veras o si sólo recuerdo las palabras con que la cuento. Tal vez lo mismo le pasó a la Cautiva con su malón. Ahora lo mismo da que fuera yo o que fuera otro el que vio matar a Moreira. (O.C., v.2, p. 44)

Y, como no podemos conocer la realidad, la inventamos. Pero, entonces ya la regla es la coherencia lógica, es decir, la posibilidad, y no el que de hecho las cosas sean solamente de una de las muchas maneras posibles en que habrían podido ser.

Este hombre, sin el anclaje que le proporciona la sujeción a la realidad es semejante a Dios en la falta de límites de lo que puede crear. Citemos nuevamente la reflexión de Asterión en el laberinto:

No sólo he imaginado esos juegos; también he meditado sobre la casa. Todas las partes de la casa están muchas veces, cualquier lugar es otro lugar. No hay un aljibe, un patio, un abrevadero, un pesebre; son catorce [sin infinitos] los pesebres, abrevaderos, patios, aljibes. La casa es del tamaño del mundo; mejor dicho, es el mundo. Sin embargo, a fuerza de fatigar patios con un aljibe y polvorientas galerías de polvo gris

he alcanzado la calle y he visto el templo de las Hachas y el mar. Eso no lo entendí hasta que una visión de la noche me reveló que también son catorce [son infinitos] los mares y los templos. Todo está muchas veces, catorce veces, pero dos cosas hay en el mundo que parecen estar una sola vez: arriba, el intrincado sol; abajo, Asterión. Quizá yo he creado las estrellas y el sol y la enorme casa, pero ya no me acuerdo. (O.C., v.1, p. 570)

Lo que sirve de modelo a Borges en la construcción de su laberinto es la palabra de Dios, expresada en la Biblia, tal como lo interpreta la Cábala. Según los cabalistas que florecieron en la Córdoba medieval, la palabra revelada en la Torá, por ser de Dios tiene que tener un número infinito de sentidos: en la Biblia está dicho todo lo que se puede decir y cualquier combinación que se haga de sus letras tiene que tener un sentido.

La aplicación a las posibilidades expresivas y combinatorias del hombre es la Biblioteca de Babel:

De esas premisas dedujo que la Biblioteca es total y que sus anaqueles registran todas las posibles combinaciones de los veintitantos símbolos ortográficos (número, aunque vastísimo, no infinito) o sea todo lo que es dable expresar: en todos los idiomas. Todo: la historia minuciosa del porvenir, las autobiografías de los arcángeles, el catálogo fiel de la Biblioteca, miles y miles de catálogos falsos, la demostración de la falacia de esos catálogos, la demostración de la falacia del catálogo verdadero, el evangelio gnóstico de Basílides, el comentario de ese evangelio, el comentario del comentario de ese evangelio, la relación verídica de su muerte, la versión de cada libro a todas las lenguas, las interpolaciones de cada libro en todos los libros, el tratado que Beda pudo escribir (y no escribió) sobre la mitología de los sajones, los libros perdidos de Tácito (O.C., v.1, pp. 467-468).

Y más adelante:

... proposiciones a primera vista incoherentes, sin duda son capaces de una justificación criptográfica o alegórica; esa justificación es verbal y, *ex hypothesi*, ya figura en la Biblioteca. No puedo combinar unos caracteres

dhcmlrchtjdj

que la divina Biblioteca no haya previsto y que en alguna parte de sus lenguas secretas no encierren un terrible sentido. Nadie puede articular una sílaba que no esté llena de ternuras y temores; que no sea en alguno de esos lenguajes el nombre poderoso de un dios (O.C., v.1, p. 470).

Lo que convierte en vertiginoso al laberinto de Borges y hace tan vigorosa su literatura fantástica es barajar juntos el espacio y el tiempo, es decir, ampliar las posibilidades combinatorias a unidades espacio-temporales. “El espacio, dice Borges, es un incidente del tiempo”, Como explica Stephen Albert en *El jardín de senderos que se bifurcan* al hombre que poco después habría de asesinarlo:

El jardín de senderos que se bifurcan es una imagen incompleta, pero no falsa, del universo tal como lo concebía Ts’ui Pín. A diferencia de Newton y de Schopenhauer

su antepasado no creía en un tiempo uniforme, absoluto. Creía en infinitas series de tiempos, en una red creciente y vertiginosa de tiempos divergentes, convergentes y paralelos. Esa trama de tiempos que se aproximan, se bifurcan, se cortan o que secularmente se ignoran, abarca *todas* las posibilidades. No existimos en la mayoría de esos tiempos; en algunos existe usted y no yo; en otros, yo, no usted; en otros, los dos. En éste, que un favorable azar me depara, usted ha llegado a mi casa; en otro, usted, al atravesar el jardín, me ha encontrado muerto; en otro, yo digo estas mismas palabras, pero soy un error, un fantasma (O.C., v. 1, p. 479)

El laberinto es un encierro, en consecuencia, no porque haya algo que nos cierre el paso a la salida, sino porque las salidas son en cualquier momento infinitas y no sabemos cuál escoger. Borges lo ejemplifica claramente en *Los dos reyes y los dos laberintos*, recogido en *El Aleph*. Cuenta que el rey de Babilonia, para hacer burla de un rey de los árabes que vino a visitarlo, lo hizo entrar en un laberinto donde el árabe vagó afrentado hasta la tarde, en que, con la ayuda de Dios, logró salir. Vuelto a su reino prepara la guerra contra Babilonia y logra llevar cautivo al rey que se había burlado de él.

Lo amarró en un caballo veloz y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días, y le dijo:

¡ Oh, rey del tiempo y sustancia del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te vedan el paso.

Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con Aquel que no muere. (O.C., v. 1, p. 607).

El conocimiento al que aspira y al que teme Jorge Luis Borges es el conocimiento de una realidad infinita, un conocimiento que es infinito, es decir divino, él mismo en definitiva.

Tal es el tipo de conocimiento que el personaje Borges consigue en un sótano de la calle Garay, en el Aleph:

En la parte inferior del escalón, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tomasolada, de casi intolerable fulgor. Al principio la creí giratoria; luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba ahí, sin disminución de tamaño. Cada cosa (la luna del espejo, digamos) era infinitas cosas, porque yo claramente la veía desde todos los puntos del universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí como en un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi en un traspatio de la calle Soler las mismas baldosas que hace treinta años vi en el zaguán de una casa en Fray Bentos, vi

racimos, nieve, tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y cada uno de sus granos de arena, vi en Inverness a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer en el pecho, vi un círculo de tierra seca en una vereda, donde antes hubo un árbol, vi una quinta de Adrogué, un ejemplar de la primera versión inglesa de Plinio,... vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo. Sentí infinita veneración, infinita lástima. (O.C., v. 1, pp. 625-626)

Aleph es la primera letra del alfabeto de la que Borges llama la “lengua sagrada”, el hebreo. *Zahir* es la última. Algo es *zahir* cuando es o representa uno de los noventa y nueve nombres de Dios. El *zahir* del personaje Borges es una moneda de veinte centavos.

El *zahir*, que representa el infinito universo, acaba impidiendo que el que lo ha visto pueda pensar en ninguna otra cosa y lo vuelva loco.

Ya no percibiré el universo; percibiré el *Zahir*. Según la doctrina idealista, los verbos vivir y soñar son rigurosamente sinónimos; de miles de apariencias pasaré a una; de un sueño muy complejo a un sueño muy simple. Otros soñarán que estoy loco y yo con el *Zahir*. Cuando todos los hombres de la tierra piensen, día y noche, en el *Zahir*, ¿cuál será un sueño y cuál una realidad la tierra o el *Zahir*?

... En las horas desiertas de la noche aún puedo caminar por las calles. El alba suele sorprenderme en un banco de la plaza Garay, pensando (procurando pensar) en aquel pasaje del *Asrar Nama*, donde se dice que el *Zahir* es la sombra de la Rosa y la rasgadura del Velo. Vinculo ese dictamen a esta noticia: Para perderse en Dios, los sufíes repiten su propio nombre o los noventa y nueve nombres divinos hasta que éstos ya nada quieren decir. Yo anhelo recorrer esta senda. Quizá yo acabe por gastar el *Zahir* a fuerza de pensarlo y de repensarlo; quizá detrás de la moneda esté Dios. (O.C., v. 1, p. 595)

Este es también el tipo de conocimiento del que es víctima Ireneo Funes, en el cuento *Funes el memorioso*, de *Ficciones*.

Funes, un pobre compadrito de Fray Bentos, en el Uruguay, a partir de la caída de un caballo queda tullido y adquiere la portentosa capacidad de percibir y recordar todos los detalles.

Nosotros de un vistazo, percibimos tres copas en una mesa; Funes, todos los vástagos y racimos y frutos que comprende una parra. Sabía las formas de las nubes australes del amanecer del treinta de abril de mil ochocientos ochenta y dos y podía compararlas en el recuerdo con las vetas de un libro en pasta española que sólo había mirado una vez y con las líneas de la espuma que un remo levantó en el Río Negro la víspera de la acción del Quebracho. Esos recuerdos no eran simples; cada imagen visual estaba ligada a sensaciones musculares, térmicas, etc. Podía reconstruir todos los sue-

ños, todos los entresueños. Dos o tres veces había reconstruido un día entero; no había dudado nunca, pero cada reconstrucción había requerido un día entero.

... Nos dejan vislumbrar o inferir el vertiginoso mundo de Funes. ...Éste, no lo olvidemos, era casi incapaz de ideas generales, platónicas. No sólo le costaba comprender que el símbolo genérico *perro* abarcara tantos individuos dispares de diversos tamaños y diversa forma; le molestaba que el perro de las tres y catorce (visto de perfil) tuviera el mismo nombre que el perro de las tres y cuarto (visto de frente). Su propia cara en el espejo, sus propias manos, lo sorprendían cada vez.

... Había aprendido sin esfuerzo el inglés, el francés, el portugués, el latín. Sospecho, sin embargo, que no era muy capaz de pensar. Pensar es olvidar diferencias, es generalizar, abstraer. En el abarrotado mundo de Funes no había sino detalles, casi inmediatos. (O.C., v. 1, pp. 488-490)

Este pretendido conocimiento del que Borges habla no permite aprehender la realidad porque no permite organizarla, clasificarla, estructurarla racionalmente.

En el artículo *El idioma analítico de John Wilkins*, publicado en *Otras Inquisiciones* pone tres ejemplos de clasificaciones arbitrarias: una la de este autor, otra la del Instituto de Bibliográfico de Bruselas, y otra la tan citada de la enciclopedia china:

En sus remotas páginas está escrito que los animales se dividen en (a) pertenecientes al Emperador, (b) embalsamados, (c) amaestrados, (d) lechones, (e) sirenas, (f) fabulosos, (g) perros sueltos, (h) incluidos en esta clasificación, (i) que se agitan como locos, (j) innumerables, (k) dibujados con un pincel finísimo de pelo de camello, (l) etcétera, (m) que acaban de romper el jarrón, (n) que de lejos parecen moscas.

Después de citar algunos epígrafes del Instituto Bibliográfico de Bruselas, concluye:

He registrado las arbitrariedades de Wilkins, del desconocido (o apócrifo) enciclopedista chino y del Instituto Bibliográfico de Bruselas; notoriamente no hay clasificación del universo que no sea arbitraria y conjetural. La razón es muy simple: no sabemos qué cosa es el universo... Cabe ir más lejos; cabe sospechar que no hay universo en el sentido orgánico, unificador, que tiene esa ambiciosa palabra. Si lo hay, falta conjeturar su propósito; falta conjeturar las palabras, las definiciones, las etimologías, las sinonimias, del secreto diccionario de Dios. (O.C., v. 1, p. 708)

La búsqueda de lo absoluto, del “secreto diccionario de Dios” mantiene encerrado a Borges en su laberinto.

El otro laberinto, el de la mitología clásica tuvo tres inquilinos: Asterión, es decir el Minotauro, hijo monstruoso de un toro y de la reina Parsifae. El laberinto fue construido para ocultar en él su deformidad; se liberó del laberinto con la muerte que le dio Teseo.

El segundo inquilino fue el propio Teseo, que, después de matar al Minotauro, salió de él con el hilo que le había proporcionado Ariadna.

El tercero fue Dédalo, su arquitecto, que fue encerrado en él como castigo por haber ayudado a Teseo. Escapó mediante el artificio de unas alas de cera, aunque su hijo, Ícaro, que lo acompañaba, murió en el intento.

No hay hilos conductores ni alas para salir del laberinto de Borges. La redención y la comprensión vienen, igual que en el caso de Asterión, únicamente con el punto final de la muerte.

En el *Poema conjetural* de *El otro, el mismo*, Francisco de Laprida piensa antes de morir:

Zumban las balas en la tarde última.
 Hay viento y hay cenizas en el viento,
 Se dispersan el día y la batalla
 deforme, y la victoria es de otros.
 Vencen los bárbaros, los gauchos vencen.
 Yo que anhelé ser otro, ser un hombre
 de sentencias, de libros, de dictámenes,
 a cielo abierto yaceré entre ciénagas;
 pero me endiosa el pecho inexplicable
 un júbilo secreto. Al fin me encuentro
 con mi destino sudamericano.
 A esta ruinosa tarde me llevaba
 el laberinto múltiple de pasos
 que mis días tejieron desde un día
 de la niñez. Al fin he descubierto
 la recóndita clave de mis años,
 la suerte de Francisco de Laprida,
 la letra que faltaba, la perfecta
 forma que supo Dios desde el principio.
 En el espejo de esta noche alcanzo
 mi insospechado rostro eterno. El círculo
 se va a cerrar. Yo aguardo que así sea.
 Pisan mis pies la sombra de las lanzas
 que me buscan. Las befás de mi muerte,
 los jinetes, las crines, los caballos,
 se ciernen sobre mí... Ya el primer golpe,
 ya el duro hierro que me raja el pecho,
 el íntimo cuchillo en la garganta. (O.C., v. I, pp. 867-868)

¿Quizás Francisco de Laprida, al conocer aquella tarde su destino, conoció en él la total verdad del universo?

Tal vez sea posible en este momento liberarnos del hechizo de Borges y asumir nuestra conciencia no divina de humildes constructores del mundo, de organizadores de los documentos en que se expresa su conocimiento.

No pretendemos, como nos enseñó Popper, penetrar en la esencia, en la verdad absoluta acerca del mundo.

La evolución biológica primero y luego la histórica nos pone en la necesidad de hablar acerca de la realidad. Pero nuestras afirmaciones no pueden dejar de aludir a regularidades y utilizar conceptos universales que desbordan lo que tenemos avalado por la experiencia.

Inevitablemente generalizamos, estructuramos y clasificamos aunque sabemos que nuestros esquemas más firmes son provisionales.

Con la misma necesidad creamos instituciones y aprobamos constituciones y leyes, aun a sabiendas de que algún día nosotros, o nuestros descendientes, tendremos que reformarlas o sustituirlas.

Y en el camino vamos aprendiendo, vamos humanizando la Tierra y haciéndonos a nosotros mismos más humanos.

Lo mismo que el del laberinto borgiano es éste un camino sin fin y salida última, pero cada vez que renovamos una teoría, protagonizamos un cambio social o político, o escribimos un verso, salimos de los límites que nos aprisionaban, aunque sea para entrar en lo que acabará convirtiéndose en una prisión un poco mayor, de la que también acabaremos saliendo.

El mundo 3 de Popper, que es el mundo de la cultura, que nosotros gestionamos y clasificamos, es el lugar donde ese proceso de liberación se hace posible.

Sabemos que nunca tendremos la sabiduría, pero vamos conociendo cada vez mejor las cosas. No tenemos la eternidad, pero hay ciertos momentos en que podemos sentir, por un instante, el palpito del siempre.

2. Referencias

- Arana, Juan (1994). *El centro del laberinto : los motivos filosóficos en la obra de Borges*. Pamplona : Eunsa, 1994.
- Borges, Jorge Luis (1974-1985). *Obras completas*. Buenos Aires : Emecé Editores, 1974-1985.
- Martínez González, Jerónimo (1980). *Ciencia y dogmatismo : el problema de la objetividad en Karl R. Popper*. Madrid : Cátedra, 1980.
- Yang, Yin (1993). *Dentro del laberinto de Jorge Luis Borges : una breve síntesis del mundo occidental y del mundo oriental*. Ann Arbor : U.M.I., 1993.